

Su carácter sereno y amable, y ante todo la generosidad con la que siempre estimuló y respaldó a profesores más jóvenes, sin permitir que el celo o la inseguridad o el afán de mando afloraran ni influyesen en su conducta, le han valido nuestro afecto.

Y así, la admiración, la gratitud y el afecto motivan el acto de dedicar este número especial a don José Echeverría, maestro y amigo de algunos de nosotros, universitario respetadísimo de todos y quien tanto ha aportado al cultivo de la filosofía seria en nuestro país y a enriquecer la bibliografía filosófica hispanoamericana con importantes contribuciones. Que José Echeverría acepte este obsequio aunque sea una expresión ciertamente inadecuada, porque la gratitud, como se ha dicho, ni siquiera cuenta lo que da, porque siempre debe.

Reconocimientos

Como era de esperar tratándose de José Echeverría, muchas voluntades han prestado su buena fe y apoyo activo a esta iniciativa. Como editor de este número especial, a todos les expreso mi agradecimiento, pero quiero destacar la colaboración de Alicia Schettini, quien nos hizo llegar el texto inédito de José Echeverría incluido en este número, y de los Dres. Manfred Kerkhoff y Ada María Vilar, quienes hicieron posible la disponibilidad de algunos materiales. Los Dres. Miguel A. Badía Cabrera y Álvaro López Fernández, así como el Sr. Joel Donato, me ayudaron a resolver algunos problemas técnicos. El Dr. López Fernández, además, cuando era Director del Departamento de Filosofía, propuso la idea de dedicar este número especial a don José Echeverría y editó inicialmente los artículos de los Dres. Badía, Castilla y el suyo propio. Finalmente, agradezco al Profesor Richard H. Popkin la aceptación de la invitación que yo le hiciera a que enviara, para su inclusión en este número de homenaje a José Echeverría, el escrito con que culmina la serie de artículos de este volumen.

SEMBLANZA DE JOSÉ ECHEVERRÍA

MIGUEL A. BADÍA CABRERA

Es difícil concebir que en nuestra comunidad universitaria haya una persona a la cual le sea aplicable el calificativo de humanista en grado tan eminente como al Dr. José R. Echeverría Yáñez. En primer lugar, toda su vasta obra testimonia una preocupación constante, rigurosa y apasionada por los problemas y enigmas constitutivos del vivir del ser humano sobre la tierra. En segundo lugar, como formador de nuestra juventud, él ha sabido impartir a sus discípulos la educación verdadera al hacer germinar en ellos esa misma pasión por formular y reformular los interrogantes más fundamentales con seriedad y en libertad. Y en tercer lugar, él mismo es una figura ejemplar, pues en su persona se reúnen las virtudes que enaltecen lo humano: la claridad y profundidad del intelecto, la fina sensibilidad por la belleza y la simpatía solidaria con el dolor de los demás que fructifica en serena reflexión sobre lo justo y, en palabras del profesor Constantino Láscaris, "en valentía para decir las cosas por su nombre".

Una hojeada a tan sólo algunos aspectos del historial académico y la hoja de servicios del Dr. José Echeverría pudiera dar alguna idea de la justeza substancial del juicio general que acabamos de emitir. Además de otros estudios formales y títulos académicos que revelan la posesión de una vasta cultura humanística, el Dr. Echeverría ostenta también el prestigioso Doctorado *ès lettres* (de Estado), otorgado por la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de París (Sorbonne). Hay que destacar que la tesis principal para el Doctorado de Estado, *Réflexions métaphysiques sur la mort et le problème du sujet* (Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1957), es una obra sobresaliente que ha sido reseñada elogiosamente por prestigiosas revistas filosóficas de Europa y las Américas. Como si lo anterior fuera poco, la tesis complementaria para ese doctorado, la edición crítica de una obra importante del filósofo francés del siglo pasado, Maine de Biran, *De l'apperception immédiate* (Paris,

Librairie Philosophique J. Vrin, 1963), se ha convertido en la edición definitiva e imprescindible de esa obra y habrá de reeditarse próximamente como el volumen IV de las *Œuvres de Maine de Biran*. En palabras del famoso filósofo, miembro de la Academia Francesa y gran conocedor y editor general de la obra de Maine de Biran, Henri Gouhier, José Echeverría "ha dado una edición rigurosamente crítica... un trabajo que es un modelo de erudición inteligente". Con sólo tener en mente la importancia y resonancia internacional de esas obras sería posible justificar la opinión que otra gran figura de la filosofía en América Latina, Roberto Torretti, emitiera sobre José Echeverría, a saber, que es "el pensador en quien se encarna, como en casi ningún compatriota nuestro, la gran tradición de la filosofía europea y que, por lo mismo, ha logrado lo que pocos: hacer presente a nuestra América en Europa".

Pero ocurre que José Echeverría no se ha limitado a abordar los grandes temas de la filosofía en sentido estricto, es decir, la metafísica y la teoría del conocimiento. Con la misma agudeza y lucidez de pensamiento ha emprendido el análisis sistemático de cuestiones cruciales y urgentes suscitadas por otros productos históricos de la actividad espiritual del hombre, como lo son el arte, la literatura, la ciencia y la técnica, la ética, la religión, la política, el derecho y la educación. De que ahí que no sorprenda en absoluto que ese gran erudito de la filosofía que fue José Ferrater Mora haya dicho sobre José Echeverría que "es uno de los más eminentes y distinguidos filósofos de lengua española". Por ello, él es uno de los muy contados filósofos de lengua española que han sido incluidos en la última edición de su universalmente famoso *Diccionario de Filosofía*.

Igualmente notable ha sido la labor docente y administrativa que el Dr. Echeverría ha rendido al Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico: Profesor y Director Interino y luego Asociado del Departamento de Filosofía, Profesor de Humanidades y Decano de la Facultad de Estudios Generales, Profesor de la Facultad de Derecho. En cada una de esas funciones él ha dejado sentir su presencia como gestor de iniciativas académicas orientadas a que esas facultades cabalmente cumplan los propósitos que justifican su existencia institucional. Prueba inequívoca de esa ingente gestión universitaria y signo evidente del enorme aprecio de nuestra comunidad universitaria por ese notable esfuerzo es, en primer lugar, que la Universidad de Puerto Rico le otorgó, en el 1985, la distinción de Profesor Emérito y, en segundo lugar, que, cuando en el 1993, el Recinto de Río Piedras instauró la distinción aca-

démica de Humanista Residente, el primer claustal que recibió esa extraordinaria investidura no fue otro que José Echeverría. Para ambas distinciones, su candidatura tuvo el respaldo de las Facultades de Humanidades, Estudios Generales y Derecho.

Con todo, el efecto más perenne de la labor universitaria de Don Pepe, como afectuosamente le llaman sus compañeros y discípulos, es la influencia benéfica que su enseñanza ha tenido para la formación intelectual y moral de sus incontables discípulos. Adolescente aún, tuve la buena fortuna de asistir a su curso de Introducción a la filosofía. A todos sus alumnos nos cautivó la novedosa revelación que nos hizo de ese verdadero cosmos de preguntas en torno a la naturaleza de todo lo existente y del sujeto mismo que se cuestiona acerca de ella, y acerca de la esencia de lo verdadero, de lo bueno, de lo justo y de lo bello. Y a través de un examen incisivo pero respetuoso nos dio a conocer también algunas de las respuestas grandiosas, profundas y abarcadoras, aunque siempre tentativas, que son los grandes sistemas filosóficos: soberbios compases intelectuales de los que se ha servido esa existencia humana atenta y frágil para orientar su vivir dentro la realidad misteriosa e incierta que la rodea y la traspasa.

Uno de los aspectos más distintivos de su labor en el salón de clases es que siempre la ha llevado a cabo dentro del marco del diálogo socrático más animado y en el cual ha imperado el respeto más genuino tanto al pensador estudiado como a la persona del discípulo entusiasta aunque inexperto en las artes del razonamiento formal y la dialéctica. Según el testimonio de sus alumnos, no fueron pocas las veces que Don Pepe hizo que ellos se avergonzaran rectamente de sí mismos luego de que hubieran hecho objeto de risa o de burla la torpeza expresiva con la cual alguno de sus compañeros balbuceaba una opinión casi ininteligible. Don Pepe invariablemente recogía esa tesis informe y la reconstruía con sencillez y claridad, para revelar a sus alumnos que detrás del fraseo inconexo y del desastre gramatical yacía una cuestión importante que permitía vislumbrar tanto la preocupación profundamente humana que la había provocado como el problema capital que era imperativo hacer objeto de reflexión. Así también, él nos enseñó a escuchar.

Por otra parte, la influencia de José Echeverría ha trascendido los límites de la vida universitaria. En palabras de la insigne puertorriqueña y estudiosa y promotora de las letras, Nilita Vientós Gastón, "el profesor Echeverría desde que llegó a este país ha colaborado con devoción y entusiasmo en todos los aspectos de la vida puertorriqueña". Otrora

miembro del Ateneo Puertorriqueño, ahora del Pen Club, colaborador de *Asomante*, *Sin Nombre*, *La Revista del Colegio de Abogados*, *La Revista Jurídica de la Universidad Interamericana*, premiado en múltiples certámenes auspiciados por asociaciones culturales del país, y Primer Presidente de la Asociación Puertorriqueña de Filosofía: éstas son sólo algunas muestras de su labor prominente en la vida cultural puertorriqueña.

Tan o más importante que lo anterior, es que en José Echeverría se manifiesta, con serenidad y determinación, esa sed de justicia que lo ha llevado a denunciar con fundamento y a oponerse con vigor a esas fuerzas oscuras que oprimen y retardan el progreso de los pueblos, y a comprometerse con los sufridos y débiles de la tierra. Es muy probable que pensando en esta dimensión de su ser, es que el distinguido letrado puertorriqueño, Raúl Serrano Geils, ha dicho que "el Dr. Echeverría es un hombre íntegro y valiente en las luchas por sus ideales y nobles causas".

A la luz de todas estas consideraciones, es fácil darse cuenta que, cuando en el 1993, la Universidad le otorgó el título de Humanista Residente, lo que hizo fue meramente oficializar lo que José Echeverría es y ha sido siempre de forma ejemplar. Es significativo que el 1985, año en que se convierte en Profesor Emérito, marca el inicio de un período de verdadero fermento en su actividad cultural y en su obra de creación y publicación en diversos campos. Ello manifiesta que las disciplinas que magistralmente enseñara en la Universidad han seguido siendo objeto perenne de su afán reflexivo. En lo concerniente a la filosofía, vale mencionar que en ese año se convierte en Primer Presidente de la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía y publica el *Libro de las Convocaciones I*; está en prensa el *Libro de las Convocaciones II*; también está en proceso la traducción al francés de esta obra, que será publicada por la editorial L' Hermaton de París, además de estar preparando el *El libro de las convocatorias III* y el *Libro de las Celebraciones*. En lo que respecta al derecho, además de haber publicado varios ensayos recientemente, la primera parte de sus libro, *Lecciones Preliminares de Teoría del Derecho y del Cambio Social*, fue publicada en el 1986 por la *Revista Jurídica de la Universidad de Puerto Rico*. Por otro lado, su compromiso continuo con el mejoramiento de la educación general es evidenciado por el libro *El Concepto de Estudios Generales*, el cual está preparando al presente.

La dedicatoria del presente número de *Diálogos* no sólo es algo que en justicia José Echeverría se merece, sino una manera —modesta por cierto— en que nuestra institución y, en particular, el Departamento de

Filosofía por un lado proclama su admiración por una figura notable de la filosofía de América Latina y por otro lado atestigua públicamente su agradecimiento incalculable por la ofrenda de toda una vida puesta al servicio del bienestar académico de la Universidad y del espíritu de investigación rigurosa, radical y autónoma que es tanto sostén de los estudios filosóficos como fruto ejemplar de éstos en la sociedad en la cual enraízan.

Creo que no es impropio resaltar, para concluir, que José Echeverría es hijo de Chile. Nuestro Eugenio María de Hostos amó a ese país hermano y trabajó por su progreso. Siento que es una especie de retribución histórica que podamos emitir con perfecta justificación sobre José Echeverría y con referencia a Puerto Rico idéntico juicio. En efecto, él ha vivido con y para nosotros, laborando en pro del progreso verdadero de nuestro pueblo, ya que a varias generaciones de sus hijos e hijas les ha enseñado a pensar de forma lúcida, disciplinada y responsable y a amar la verdad y la justicia.

Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras